

Narciso SANTOS Y ANGUAS, *Asturias, los astures y la religiosidad antigua* (= Ilu. Revista de Ciencias de las Religiones, Anejo XXV), Madrid, Universidad Complutense, 2014, 571 pp. y 146 figs. [ISBN: 978-84-669-3491-6].

El presente trabajo trata de analizar la importancia de la religiosidad antigua en el marco de las primeras fases del desarrollo histórico de Asturias. Auspiciado por el Instituto de Ciencias de las Religiones el autor se basa en tres referentes distintos, delimitando los dos primeros (Asturias y los astures), el contexto geográfico y de poblamiento y teniendo siempre en cuenta que en ocasiones no se puede reducir el estudio a un espacio como el correspondiente al suelo de la Asturias actual ante el riesgo de caer en localismos extremos, por lo que se recurre al territorio habitado por los astures en su conjunto durante la Antigüedad.

El tema de la religiosidad como expresión de los cambios acaecidos en el seno de las comunidades astures constituye un complemento al análisis del fenómeno de la romanización, que este mismo autor ha abordado ya en otras monografías (*Asturias, los astures y la cultura castreña*, Oviedo, 2006; *Asturias, los astures y la administración romana durante el Alto Imperio*, Oviedo, 2009; *Asturias, los astures y la minería romana del oro*, Oviedo, 2011).

La aculturación (romanización) del territorio de Asturias antigua y de sus habitantes sigue un proceso que se inicia con su anexión, se continúa con su administración y se completa con el aprovechamiento de los recursos económicos. Todo ello incidiría en el plano social, dado que las alteraciones implicarían a los integrantes de dichas comunidades y a su integración en el mundo romano, primero a través de su participación en el ejército y después mediante su contribución a la explotación de los recursos mineros.

Tales transformaciones tendrían efecto igualmente desde el punto de vista ideológico, en cuyo caso los cambios se producirían en el plano religioso; más aún si tenemos en cuenta que, como apuntaron ya los grandes tratadistas del mundo de la religión (Eliade, Morgan), ésta matiza todos los aspectos de la vida de los antiguos (y en buena medida también de los modernos).

En realidad el presente libro implica un desarrollo del fenómeno religioso en tres fases distintas: la religiosidad castreña (etapa prerromana: siglos III-I a.C.), la religiosidad astur-romana (siglos I-IV d.C.) y el cristianismo primitivo en Asturias (siglos V-VII d.C.); en todos ellos se tiene presente la realidad socio-política y económica, que condicionaría las necesidades religiosas de los astures.

Un aspecto a destacar son los Anexos documentales que acompañan a cada uno de los capítulos en su parte final, teniendo en cuenta que en algunas ocasiones dichas fuentes, tanto literarias como epigráficas, encierran un carácter polivalente, puesto que se pueden aplicar al análisis de la etapa anterromana y romana, en este último caso como pervivencia de la fase histórica anterior; en este sentido se dispone de escasos materiales arqueológicos, aprovechables mucho más desde el punto de vista de la decoración e iconografía de algunos relieves y en especial de algunas inscripciones, en las que se reflejan las costumbres funerarias y su relación con la vida de ultratumba.

El primer apartado aborda la religiosidad castreña, desechando la teoría de su equivalencia con la celta, pues en el caso del territorio de la Asturias antigua la llegada (y presencia) de elementos de procedencia centroeuropea no sería especialmente significativa con respecto al sustrato étnico ya existente.

Por lo que se refiere al panteón indígena prerromano los nombres, cultos y significado de dichas divinidades se nos han conservado en las inscripciones latinas posteriores, así como en algunos topónimos, hidrónimos y orónimos, destacando el hecho de que la documentación epigráfica constituye un ejemplo evidente de la pervivencia de tales manifestaciones religiosas también en la etapa romana. Existen numerosas cuestiones todavía sin resolver, como el hecho de si la religión prerromana es anicónica, como parece desprenderse de las palabras de Estrabón, aunque en realidad lo que parece recoger es el concepto de que los indígenas consideraban tabú la representación escultórica de los dioses.

La organización de los cultos no parece haber contado con un grupo sacerdotal específico equiparable al de los druidas, a pesar de que Diodoro de Sicilia parece referirse a ellos al hablar de los lusitanos; en el caso del Norte peninsular estas funciones religiosas serían desempeñadas por los *principes* (*magistratus* en tiempos romanos), como Nicer, hijo de Clutoso, del castro Cauriaca, príncipe de los albiones (compaginaría sus funciones políticas con las religiosas y representativas del poblado). La no existencia de druidas entre los astures tal vez obedecería al hecho de que, en el seno de su organización social, el grupo de individuos de procedencia indoeuropea no sería mayoritario (en cuyo caso habría predominado la organización patriarcal frente al matrilinealismo), por lo que tampoco habría arraigado la monarquía con todas sus implicaciones.

En cuanto a las formas de culto sobresalen las referencias a los sacrificios humanos, quizás como mero recuerdo de tiempos ancestrales, de modo que las representaciones de cabezas cortadas no serían más que un elemento sustitutorio: los sacrificios cruentos se reducirían a los animales como víctimas, permaneciendo las figuraciones humanas como un recuerdo, de hondas raíces en el tiempo.

Por su parte la relación de la mujer con el mundo religioso se entiende desde el momento en que sabemos que la organización social castreña implicaba un matrilocalismo, en el que descollaba la figura femenina. Y un problema aparte lo constituye el problema de los enterramientos, en cuya solución posiblemente jugarían un papel importante las estelas discoideas, especialmente si tenemos en cuenta que la incineración estaría muy extendida.

La segunda parte del libro trata de explicar las características de la religión romana en Asturias a partir de los rasgos de la administración romana, así como la economía astur-romana, la sociedad indígena y la sociedad romana. Junto a la innovación que supone la introducción de los dioses propios del panteón romano sobresale el proceso del sincretismo religioso, siendo los Lares Viales uno de los ejemplos más representativos; es posible que con anterioridad se hubiese producido ya un sincretismo entre los diversos panteones indígenas a lo que contribuiría no solo la permisividad de la administración romana sino también las peculiaridades locales de los grupos indígenas.

En el marco de la religiosidad astur-romana existiría una contraposición evidente entre las divinidades oficiales y las no oficiales, siendo muy pocos los ejemplos del arraigo de las primeras en territorio de Asturias no solo por la escasa romanización sino también por la débil presencia administrativa en el mismo.

Sin duda la innovación principal estaría representada por el culto imperial, en parte asociado y en parte suplantado por el correspondiente a Júpiter: en este sentido el dios principal del panteón romano parece haber servido de puente de forma más clara entre indígenas y romanos (quizás por esa escasa presencia administrativa).

Un capítulo especialmente relevante lo constituyen los dioses indígenas (de tiempos romanos) que cumplen las funciones de las divinidades romanas: es el caso de Lug[ovio] (de acuerdo con la inscripción hallada en Grases, Villaviciosa) en lugar de Júpiter. Tampoco la astur-romana cuenta con representaciones de sus dioses, tratándose igualmente por ello de una religión anicónica, en la que el miedo y el tabú parecen haber constituido los motivos de la no presencia de la figuración de dichas divinidades.

El tercer apartado se refiere a los orígenes del cristianismo en Asturias, planteándose en primer término si en realidad se trata de una innovación desde el punto de vista religioso: acoge muchas características de Roma y de otras creencias, como los cultos orientales (inscripción a Mitra de La Isla, Colunga) o el soporte que suponen las inscripciones funerarias a pesar del abandono de parte de su formulario (epitafios de Magnentia y Noreno en Soto de Cangas de Onís). Avanzando en el tiempo encontraremos algunos de estos monumentos epigráficos romanos que, a pesar de no tratarse de inscripciones votivas, aparecen asociados a centros de culto cristiano: en realidad se trataría de lugares de culto pagano, que experimentarían un proceso de cristianización, hallándose una parte de ellos vinculados a ermitas emplazadas en elevaciones montañosas.

El autor plantea muchas cuestiones todavía por analizar y por resolver, de manera que este trabajo lo que ha pretendido en ocasiones ha sido plantear líneas de investigación sobre las que será preciso profundizar en el futuro; por ejemplo, como tema transversal contaríamos con las estelas discoideas, que en un primer momento (época castreña anterromana) serían anepígrafas (Coaña –La Lloraza– Caravia –Santibáñez de la Fuente), pasando en época romana a convertirse en funerarias con la inscripción en el disco solar (epitafio de Bovecio en Collía, Parres) y acabando profusamente decoradas con cruz en ambas caras (cristianas medievales).

Un problema sin resolver parecen constituirlo las dedicatorias a divinidades de doble denominación (romanas y/o indígenas), como Evedutonio Barciaeco (Naraval, Tineo), Nimmedo Aseddiago (Ujo, Mieres), Lugovio Tabalieno (Grases, Villaviciosa): ¿se trataría de un sincretismo entre panteones indígenas, o más bien del tipo de Júpiter Candamio?

También suscita algunos interrogantes la posible conexión entre la toponimia y ciertas divinidades indígenas: puede ser el caso de *Vindonus-Vindonius*, vinculado a Apolo (el dios blanco), y el monte Vindio (cubierto de nieve en la cordillera cantábrica), o el del dios Aramo y su vinculación con los trazados de caminos indígenas.

Un apartado especial corresponde a los aspectos funerarios reflejados en la documentación epigráfica: y no solo en el caso de las figuraciones solares, que se registran, por ejemplo, en las dedicatorias a Fortuna de los baños (Pumarín, Gijón) y a Júpiter (Serrapio, Aller), sino también en la conexión de este tipo de representaciones con el mundo de ultratumba, en cuyo caso sobresalen el documento anepígrafo de San Martín de Laspra (Castrillón) o los epitafios de *Flaus Cabarcus* (Ablaneda, Salas) y Acuana (Torrevega, Llanes).

Esta iconografía religiosa se puede descubrir igualmente en la utilización de la palma y el árbol como elementos funerarios, tal y como se refleja en las inscripciones funerarias de Septimio Silón (Beleño, Ponga) y Flavia (Gamonedo, Onís) entre otras; y de forma especial en la representación de la casa, tanto en la tipología como en la iconografía del documento (lápidas oicomorfas), que descubrimos en numerosas inscripciones funerarias romanas de Asturias, especialmente en su zona oriental.

Con respecto a los problemas relacionados con los inicios del cristianismo y su arraigo en suelo asturiano un aspecto destacable lo constituyen los primitivos lugares de culto cristiano, que se vinculan con los recintos castreños (caso de San Chuis de Allande) o con alguna de las *villae* astur-romanas (únicamente como ejemplos los de Valduno en las Regueras y Santianes de Pravia).

Y como elemento de continuidad entre la religión romana y el cristianismo contamos con la asociación existente entre inscripciones latinas de carácter votivo y los lugares de culto cristiano: en Grases el dios Lugovio, en Serrapio Júpiter, en Arganza (Tineo) la diosa Tutela...

De la misma manera el autor hace alusión al hecho de que todavía se hallan en fase de análisis algunos temas trasversales en relación con los presagios, adivinación y magia en época prerromana, romana y cristiana, como los sortilegios y su vinculación con los llamados ídolos (Peña Tú, Llamoso, Las Paniciegas), o la observación (contemplación) de la formación y paso de las nubes en el cielo, o la forma de manifestarse las aves en el firmamento (a derecha o izquierda), o los cultos practicados en las encrucijadas de los caminos (a los que se refiere Martín Dumienne)...

De esta manera el presente libro no solo nos ofrece una síntesis sino que, además, plantea, unas veces explícita y otras implícitamente, los numerosos interrogantes que derivan de la religiosidad en la Asturias antigua en sus tres fases históricas (prerromana, romana y cristiana inicial).

Y para ello se aporta una selección bibliográfica completa, además del conjunto de fuentes documentales referidas al tema tratado en la presente monografía; un cuadro cronológico muy útil, así como un conjunto de índices (de figuras, de textos documentales, de topónimos y de divinidades y personajes antiguos) complementan la obra.

Santiago MONTERO

Universidad Complutense de Madrid
smontero@ghis.ucm.es